

Arte en los orfanatos

José Luis Gutiérrez Muñoz

Puede resultar sorprendente la intrusión del arte en el ámbito de la cooperación al desarrollo, pero cada vez somos más los que pensamos que el arte no debe conformarse con generar objetos estéticos, porque también puede ayudar a construir un mundo mejor; más bello, pero sobre todo, más justo, más solidario, más creativo, más crítico, más humano. Por más que la tarea decorativa pueda tener su importancia, pensamos que el arte tiene una meta más elevada, puede aspirar a mucho más: cuando menos a ofrecer una imagen del hombre y los problemas de su tiempo.

También podemos brindar la experiencia creativa como acto verdaderamente singular, capaz de reportar numerosos beneficios: sabido es que la actividad artística estimula el desarrollo de la creatividad, y es un formidable cauce de expresión; además, activa todo un conjunto de sensibilidades, habilidades y destrezas que difícilmente se podrían estimular por otros medios. Por otro lado, dibujar o pintar ayuda al individuo a tomar conciencia de lo que le rodea, y le sensibiliza con su entorno. Pero además, el ejercicio creativo mueve energías, inquietudes, emociones y sentimientos, al extremo de suponer una extraordinaria terapia para enfrentarse a traumas psicológicos. Por si todo ello fuera poco, crear es siempre una apasionante experiencia que generalmente provoca euforia, optimismo y alegría. Por eso, consideramos que debemos brindar la actividad artística a quienes puede reportar grandes beneficios. En ese sentido, deseo enmarcar las acciones que desde 2004 estamos llevando a cabo en diferentes orfanatos de India, Nepal y Ecuador, dentro de una iniciativa más amplia, en la que estamos implicados varios profesores y alumnos de la Facultad de Bellas Artes, que pretende precisamente buscar formas de poner el arte al servicio de la sociedad.

Pero lo cierto es que, habitualmente no encontramos muchas ocasiones de implicar a nuestros alumnos en actividades creativas que estén cargadas de utilidad social. A principios de 2004, vimos una oportunidad de acercar el arte a un colectivo que vive ajeno a él. Con el propósito de fomentar y promover en el ámbito universitario acciones de ayuda a los más necesitados, nuestra universidad había hecho pública la primera convocatoria de proyectos de cooperación al desarrollo; entonces pensamos que también nosotros podíamos poner nuestro conocimiento al servicio de ese noble

objetivo y, junto con siete alumnos, diseñamos un proyecto para trabajar en dos orfanatos de la India. Esa primera experiencia nos hizo ver de un modo claro y directo que la actividad artística con los niños y niñas que habitan los lugares del abandono, resultaba enormemente enriquecedora para los menores, pero también para nosotros, y ello nos empujó a tratar de dar continuidad a lo iniciado, intentando ser cada vez más eficaces en nuestro propósito.

La UCM establece que este tipo de acciones, pueden ser financiadas a través de la convocatoria anual de proyectos de cooperación al desarrollo, siempre que hayan sido bien valoradas por expertos; pero si se cree que es beneficioso seguir desarrollándolas, es necesario buscar financiación externa. Tuvimos la suerte de que el madrileño Ayuntamiento de Pinto acogió con entusiasmo nuestra propuesta, y se comprometió a financiarla mediante un convenio con nuestra universidad, lo que me permitió regresar en 2005 a Matruchhaya, uno de los dos orfanatos en los que habíamos trabajado el año anterior, con cuatro nuevos alumnos. Allí nos hablaron de lo felices que se sentían con el mural del año anterior, nos aseguraron que a todos los que visitaban el orfanato les sorprendía, les parecía una idea ingeniosa, y les gustaba el resultado; pero en realidad, todos esos elogios sirvieron de preámbulo para pedirnos que pintáramos otro mural en la pared exterior del recinto. Nos pareció buena idea, sobre todo teniendo en cuenta el entusiasmo que esa actividad había despertado entre los niños el año anterior.

Comenzamos a dibujar distintas escenas de la vida cotidiana india sobre la pared, con la ayuda de varias de las niñas más mayores del orfanato, que ya tenían preparados algunos bocetos. Era formidable comprobar la expectación que nuestra labor despertaba en la calle. Un camino de tierra muy transitado por caminantes, *rickshaws*, ciclistas, vacas y personas acarreando mercancías sobre carros, transcurría junto al muro. Al otro lado del camino, un lago poblado de flores de loto, daba la engañosa apariencia de paisaje idílico, porque en realidad, Matruchhaya está rodeado de pobreza y suciedad. Los niños de las chavolas próximas se convirtieron en espectadores asiduos de nuestro trabajo, también numerosos hombres y mujeres se detenían a contemplar nuestra labor. En verdad era algo digno de ver, porque parecíamos un equipo bien organizado: unos dibujaban, otros rellenaban amplias zonas de color, otros repasaban las líneas del dibujo, y cuando cada figura parecía acabada, las niñas más

mayores del orfanato, empezaban a llenar todos los elementos de la composición con líneas, flores y todo tipo de ornamentos, que iban confiriendo al mural una estética recargada y colorista, muy propia del gusto indio. Fuimos progresivamente incorporando nuevos elementos a la pintura mural, al tiempo que nos extendíamos horizontalmente. Lo que en principio iban a ser unas escenas aisladas, se fue convirtiendo en un paisaje poblado de animales, niños, hombres y mujeres con vistosos saris.

Pero la actividad principal de esa edición fue la creación de diferentes animales, a partir de la forma que nos proporcionaron unos globos hinchados, que progresivamente fuimos recubriendo con tiras de papel de periódico impregnadas en cola. Previamente, cada niño había realizado dibujos tratando de imaginar animales en los que esa forma de huevo se pudiera convertir. A partir de ellos, fabricamos con cartón todo tipo de picos, alas, colas y aletas para adosarlos a la forma del globo, y así ir configurando el animal escogido. Cuando cada niño tuvo definidos los volúmenes de su figura, empezamos a pintar el animal; para ello usamos la misma pintura que habíamos empleado en el mural. Los mayores trabajaron con meticulosidad, los más pequeños de un modo más impreciso, pero con enorme fuerza expresiva, y todos ellos prescindieron de los colores reales de cada animal, para configurar pájaros, peces o ratones, absolutamente irreales, nacidos directamente de su propia fantasía creativa. En 2006 presentamos una nueva propuesta a la convocatoria de proyectos de cooperación al desarrollo de nuestra universidad, para trabajar en Bal Mandir, un enorme orfanato estatal de Kathmandu. El proyecto fue aprobado, y gracias a ello me desplazé a la capital de Nepal con cinco alumnos de mi Facultad, con la intención de aprovechar las vacaciones escolares nepaleses del Dashain para desarrollar actividades creativas con los huérfanos de Bal Mandir. El elevado número de niños y niñas que allí viven, nos hizo pensar, ya en la fase preparatoria, que sería interesante implicar en esa labor a otros cinco alumnos de la Facultad de Bellas Artes de Kathmandu. Eso, además de la inestimable ayuda que supuso, enriqueció notablemente nuestra experiencia.

Unos meses antes, mi mujer y yo habíamos visitado varios orfanatos de Kathmandu. Bal Mandir nos impresionó; no habíamos visto nunca un orfanato con tan duras condiciones de vida para los niños. Allí vivían unos doscientos cincuenta niños y niñas,

muchos de ellos bebés, en unas condiciones, a nuestros ojos, inaceptables. La sensación que esa primera visita nos causó, fue tan fuerte, que estuvimos dudando si tendría sentido pintar sobre las envejecidas paredes de ese edificio, si con ello no estaríamos maquillando el aspecto de una realidad durísima. En anteriores proyectos habíamos afirmado que, en la cooperación al desarrollo, los tres pilares básicos son la comida, la medicina y el alojamiento; y argumentábamos que, cuando ello está asegurado, todavía caben numerosas acciones de ayuda, por ejemplo, actividades de creación artística, como las que nosotros proponíamos para llevar a cabo en los orfanatos. Pero, el conocimiento de las condiciones de vida de los menores de Bal Mandir, sacudió nuestros argumentos, pues no podíamos decir que allí los aspectos básicos estuviesen cubiertos, y eso nos hacía poner en tela de juicio la pertinencia de lo que planificábamos. Finalmente, tras varias visitas al hospicio, y largas conversaciones con amigos nepaleses, conocedores de las dificultades de los orfanatos de su país, llegamos a la conclusión de que el mayor problema de las niñas y niños de Bal Mandir, no era el deterioro del edificio en que vivían, ni la pobre alimentación que recibían, ni la pésima higiene de las instalaciones, ni el frío, ni la escasa atención que recibían; sino el carácter triste y apagado que esa situación, mantenida en el tiempo, generaba en ellos, y la aceptación resignada y apática de la cruda realidad, ante la imposibilidad de cambiarla.

Entonces consideramos que, si lográbamos involucrar a esos menores en una actividad creativa que implicará la transformación visual de una parte muy significativa de su entorno cotidiano, como es el patio, podríamos conseguir un objetivo importantísimo: sacarles de su depresión, aunque solo fuera por unos días, y hacerles sentir que todos juntos podemos transformar la realidad. Quizás ese objetivo resultaba demasiado idealista; pero incluso, desde un punto de vista más pragmático, con nuestras actividades sanearíamos las deterioradas paredes del patio, llevaríamos un poco de alegría al lugar y, cuando nosotros regresásemos a España, todavía les quedarían en la memoria, y en las paredes, el recuerdo de unas vacaciones de Dashain diferentes, en compañía de unos jóvenes universitarios que pintaron y jugaron con ellos. Empezamos a considerar que, en la situación de esos menores, eso podría alimentar tanto como la comida.

Por ello, el objetivo primero de ese proyecto no fue, como en otras ocasiones, “desarrollar la capacidad creativa de los menores del orfanato”, sino “llevar color y alegría al espacio que habitan, y mediante el trabajo creativo, hacerles participar activamente en la renovación visual de su espacio vital, y lograr con ello implicarles en el proceso de transformación de su realidad”. Por otro lado, pensamos que nuestras actividades no sólo no invalidaban otras intervenciones destinadas a cuestiones más urgentes, sino que además podrían promoverlas, porque al escoger ese lugar para nuestro trabajo, dirigiríamos las miradas de muchos amigos hacia ese sitio concreto. Volvimos apenados por la despedida; pero dentro de la tristeza, nos consolaba pensar que habíamos hecho algo importante, algo bueno, algo que podría ser el inicio de una transformación más grande.

Poco después, regresé a India con un nuevo grupo de alumnos. Allí empezaban ya a asociar vacaciones del Diwali con nuestra llegada. En Bal Mandir resulta imposible, pero en Matruchhaya habitualmente nos alojamos y comemos en el propio orfanato, eso hace que la convivencia con sus menores sea muy intensa, en pocos días creamos vínculos afectivos que en otras circunstancias serían impensables. Además, poco a poco vamos conociendo las impresionantes circunstancias que han llevado a cada niño o niña al orfanato. Que sepamos, al menos dos niñas de Matruchhaya son hijas de leprosos. La lepra es un estigma en India, y pese a que la mayoría de los enfermos llegan a un estadio en el que ya no contagian la enfermedad, siguen viviendo en leproserías, apartados de su entorno social y familiar, por el miedo que los demás mantienen a un posible contagio. Hace unos años una niña presencié cómo su padre asesinaba a su madre. A pesar de su corta edad, fue llamada por el juez, y su testimonio sirvió para que el padre ingresara en prisión y ella fuera enviada a Matruchhaya. Otras veces no son historias tan siniestras, pero casi siempre son igualmente conmovedoras, porque a muchos de los niños y niñas de Matruchhaya o Bal Mandir les ha llevado allí la muerte del padre o de la madre, y la extrema pobreza del ascendiente superviviente, lo que le impide hacerse cargo de los hijos, y después de muchas penalidades tiene que aceptar que entregar a sus hijos a un orfanato puede ser la salvación para ellos.

En estos lugares encontramos relatos tremendos, historias que no delatan las expresiones de sus caras, ni su actitud ante la vida, y quizás sea eso lo que más nos

sorprende. A falta de una familia convencional, Matruchhaya se ha convertido en una verdadera gran familia; los menores entre sí se dan mucho afecto, las niñas mayores asumen de modo natural el rol de madres con los pequeños, y nosotros sentimos que tenemos el privilegio de, aunque sea sólo temporalmente, formar parte de esa gran familia. En esa edición de 2006 volvimos a elaborar figuras con papel maché, y también pintamos varios elementos en las paredes de uno de los patios.

En julio de 2007 extendimos nuestras acciones a varios lugares de Ecuador, gracias a la financiación del Consejo Social de nuestra universidad. Los huérfanos volvían a ser los destinatarios de las acciones, y la creación artística nuestra herramienta de trabajo. Como en otros proyectos, tratamos de aprovechar algún periodo vacacional de los niños con los que trabajamos. En esta ocasión extendimos la acción a tres puntos distintos del país: la casa de acogida Inmaculada Roca de Quito, el orfanato Tadeo Torres de Cuenca, y Quingue, un remoto pueblo pesquero.

En la casa de acogida de Quito trabajamos con veintidós niñas internas, de entre seis y quince años de edad; más once niñas y niños externos de esas mismas edades. Las internas son niñas ingresadas en esta institución por algún problema familiar grave, la mayoría han sido víctimas de malos tratos o abusos sexuales; mientras que los externos provienen de familias muy humildes de los alrededores de la institución, que necesitan ayuda en el cuidado y alimentación de sus hijos. Ellos regresan cada tarde a dormir a su casa.

En el hogar infantil Tadeo Torres, había cuarenta y cinco niños y niñas: desde recién nacidos, hasta los cinco años de edad, todos ellos huérfanos, aunque trabajamos únicamente con los mayores de dos años. Pero quizás lo más singular de ese proyecto fue lo que realizamos en Quingue, un pequeño pueblo costero de la provincia de Las Esmeraldas, alejado de las rutas principales del país. Siempre hemos trabajado en orfanatos, pero en esta ocasión, un grupo de artistas denominado "Amigos de Quingue", nos convenció de que ese lugar podría adaptarse perfectamente a nuestros requerimientos, para lo cual solamente debíamos ampliar el concepto de orfandad, pues, en cierto modo, Quingue es un pueblo huérfano: por olvidado o remoto, y porque allí viven buen número de niños y niñas al cuidado de algún pariente, por haber emigrado sus padres.

Cuando explicamos a los menores de Quingue nuestra intención de construir con ellos una balsa que portara sus sueños y anhelos, para enviarla a alta mar, se entusiasmaron con la idea. En primer lugar, les pedimos que hicieran dibujos de la balsa que a ellos les gustaría construir; luego escribieron sus deseos, pensando que la balsa podría llegar muy lejos, posiblemente a algún remoto país. Pero no todo era cuestión de pedir, también ellos deberían obsequiar, por eso dedicamos una tarde a recorrer la playa con ellos en busca de maderas, conchas, piedras o cualquier objeto singular que el mar hubiera devuelto hasta la orilla, y pudiera ser transformado en regalo, pintándolo y convirtiéndolo en alguna figura. Todos sabíamos que nuestra pequeña embarcación no podría hacerse mar adentro sin ayuda externa. Unas palas o remos, no serían suficientes para alejarla lo bastante como para garantizar que el viento no la devolvería a la costa al poco. En cambio, si lográbamos situarla en la segunda línea de navegación, estaría garantizado que no regresaría a su origen. Además nos hablaron de una fuerte corriente que se dirige hacia el norte, de modo que si lográbamos poner nuestra balsa en esa lejana segunda línea de navegación, más allá de donde la vista alcanza a divisar en el horizonte, ésta navegaría probablemente hasta la costa de México o de Estados Unidos.

Desde que llegamos a Quingue, una de nuestras principales preocupaciones fue precisamente buscar el modo de remolcar la balsa mar adentro. Hablamos con los pescadores del pueblo buscando su colaboración, pero todos ellos faenaban cerca de la orilla, con pequeñas barcas de madera, que manejaban con remos. Ninguna de estas embarcaciones tenía motor y, ni uniendo las fuerzas de todas ellas, podríamos llevar nuestra balsa mar adentro. Entonces, nuestros amigos contactaron con la Comandancia de la Marina de Atacames, y solicitaron su colaboración para remolcar la balsa. Nosotros no creímos que la Armada ecuatoriana pudiera tomar en serio esa petición, pero el penúltimo día de nuestra estancia en Quingue, el jefe del puesto de vigilancia marítima nos comunicó que, a la mañana siguiente, enviaría un oficial y un marinero a bordo de una pequeña lancha con un motor de cien caballos.

A pesar de esa promesa todavía conservábamos cierta incredulidad, y el día señalado, acompañados por todos los habitantes de Quingue, esperábamos con impaciencia y desconfianza la llegada de la Armada, sin apartar la vista del horizonte. Antes del medio día vimos aparecer en el horizonte una pequeña lancha que se dirigía hacia

nosotros. Había sólo dos tripulantes, como nos habían prometido: un marinero que manejaba el motor, y un oficial que saltó a tierra, y con cara de sorpresa nos preguntó qué era todo aquello. Seguramente en su vida había recibido una orden de sus superiores tan incomprensible a primera vista. Con mucha amabilidad le explicamos nuestra pretensión, pero también le hablamos del trabajo con los niños de Quingue durante esas dos últimas semanas.

Hacia la una del mediodía perdimos de vista nuestra balsa en la lejanía, y serían cerca de las dos de la tarde cuando apareció de nuevo la lancha, ya sin la balsa. Nos asombraba comprobar hasta qué punto, los marineros de la Armada se habían llegado a implicar y a identificar con el proyecto. Algunos de nuestros alumnos que se habían subido a la lancha para acompañar a la balsa hasta esa segunda línea de navegación, nos contaron que el oficial, después de soltar la amarra que unía ambas embarcaciones, pronunció unas solemnes palabras de despedida: "llega muy lejos, y haz que los sueños de los niños de Quingue se hagan realidad".

La pasada edición de Bal Mandir, tuvo financiación del Ayuntamiento de Pinto, que aceptó asumir este proyecto sin abandonar el de Matruchhaya. Con la participación de un elevado número de niños y niñas del orfanato, pintamos un nuevo mural sobre las paredes de otro de los patios. A la vez, construimos con ellos un atrapasueños gigante, con el propósito de colgarlo en algún lugar próximo a sus habitaciones, para que capturase en su tela de araña las pesadillas cuando pretenden molestar a los menores por las noches. Escribieron sus malos sueños, y los guardamos en botellas recubiertas de lana de colores que colgaban del atrapasueños, pero algunos también anotaron sus anhelos y esperanzas de futuro. También dedicamos mucho tiempo a jugar. Por otro lado, en esta ocasión pudimos invertir una cantidad extra, que había donado el mismo Ayuntamiento, en la adquisición de ropa y calzado. Preocupados por el futuro de esos niños y niñas, además nos atrevimos a diseñar un programa de becas para intentar financiar los estudios de los que, siendo buenos estudiantes, no pueden continuarlos por falta de apoyo económico. Queremos que las ayudas que seamos capaces de destinarles, traten de incidir en la mejora de sus condiciones de vida, pero también en su educación.

Durante el mes de noviembre de 2007, coincidiendo nuevamente con las vacaciones indias del Diwali, trabajamos con los huérfanos de Matruchhaya. En esta ocasión, nos

propusimos elaborar un títere con cada menor para, al final, hacer una representación con ellos. Pensamos que el argumento capaz de poner en común todos los trabajos, podría ser el circo, lo que nos sirvió de excusa para alquilar un autobús, y marcharnos con todos los niños y niñas a Ahmedabad, para presenciar un espectáculo circense. Para todos ellos fue la primera vez que acudían al circo. Acróbatas, trapevistas, payasos, malabaristas, equilibristas, elefantes amaestrados, magos, caballos, y no sé cuantos números más, tuvieron embelesados a los niños de Matruchhaya durante tres horas. Nosotros disfrutamos más de la contemplación de sus caras, que del propio espectáculo.

En la creación de los títeres y la preparación de los números para la representación final, tratamos de basarnos en lo que habíamos visto en el circo. Crear a los personajes que habían dibujado, enseñarles a manipularlos, y preparar la representación final, ocupó buena parte de nuestro tiempo. Aunque también invertimos mucho tiempo en jugar.

En definitiva, las experiencias de estos últimos años, nos reafirman en la certeza de que el arte puede encontrar una forma de utilidad social directa e inmediata, ofreciéndose como instrumento de inclusión social, como herramienta generadora de alegría y comunicación afectiva con los niños y niñas que habitan los orfanatos. Pero además, todo esto nos ha puesto en contacto con una realidad que en buena medida ignorábamos, y nos hace sentir que también nosotros, por qué no, desde nuestra limitada parcela, podemos luchar por transformarla.